RONDA

Dedicado a Juan Pedro López Siguero y Agustín Rubira

Dos veces, dos, he estado en Ronda, para algunos *"La Hermosa Desconocida"* y, para otros, *"La Bella Tapada"*, tierra de Francisco Giner de los Ríos, filósofo, pedagogo, ensayista y fundador, nada menos, que de la Institución Libre de Enseñanza. Para mí, ambos encuentros con esta sorprendente localidad han constituido un descubrimiento inolvidable. La última vez que la visité fue a principios de este mismo año 2013, y las dos veces me han merecido la pena. De esta ciudad se han dicho muchas cosas, porque a todos los que la conocen les resulta imposible callarse. Hace ahora precisamente un siglo se dejó caer por estas tierras de profundo abismo Rainer María Rilker, dedicándoles palabras extasiadas y eternas, nacidas del asombro ante el embrujo y el silencio de un lugar en el que encontró el remanso ideal para su atribulado corazón. He preguntado a los del lugar y he tenido que asumir la sorpresa de que nadie recordara tal hecho, merecedor de alguna conmemoración. Increíble pero cierto, y tengo testigos. Llegó el escritor a esta ciudad a mediados de diciembre del 1912 y permanece hasta mediados de febrero. Ya había estado en tratos con la muerte y llega aquí al borde del suicidio, quizás anhelando llenar su vacío o buscando el impulso definitivo para encontrarse con la "dulce vida" que depara el morirse. El singular paisaje de este lugar le atrae y el profundo tajo con el que se encuentra, más que un llamativo accidente geográfico, representa para él una metáfora de su soledad, como bien apunta Javier Villán. Con razón se ha escrito que, en Rilke, hay un antes y un después de Ronda. Cuántas veces se ha repetido aquello que dijo: "He buscado por todas partes la ciudad soñada, y al fin la he encontrado en Ronda."

Me hallé en las dos ocasiones de mis visitas frente a un refulgente verde, audazmente afanado en apoderarse de toda la pared del precipicio que rodea la ciudad; por algo ésta es una de las zonas de Andalucía donde la lluvia se muestra más dadivosa. Claro que este año se han superado todos los vaticinios, con precipitaciones como no se recordaba en mucho tiempo. Los del lugar temen y temían, también en la anterior oportunidad, por lo que pudiera pasar con el tiempo, que llegara a deslucirse la alegría y la tristeza de la Semana Santa, para ellos es muy importante y que ya estaba a punto de asomarse; ya a los portadores de los pasos, por aquí llamados costaleros, se les podía ver por las calles entrenando para las correspondientes procesiones.

El tajo de Ronda, inusualmente verde. A la derecha, el Palacio del Rey Moro.

En esta segunda oportunidad disfruté del privilegio de alojarme en el Parador, quizás porque alguien sopesó que mis canas se van haciendo merecedoras de un vivir más distinguido o, quizás, más sosegado. En la anterior ocasión habité en un lugar con aires de otros tiempos, de posada, como tiene que ser, Don Miguel de nombre, no sé si en honor al mejor, que también anduvo por aquí cuando cobraba tributos. Ese albergue me resultó un lugar casi extraño, de altos y de bajos, incluso cavernoso por momentos, en todo caso enrevesado, pero que muy enredado aseguro, por lo menos mientras no le vas cogiendo las orientaciones; eso sí, dígase todo lo que hay que decir, maravillosamente situado. Desde el balcón de mi habitación, la 101, pude contemplar la esencia de Ronda, con su tajo, los puentes, la decadente Casa del Moro, los campos y allá, lejanas, las colinas que rodean todo esto, las colinas que rondan y dejan en su centro lo que se debe dejar, todo lo que tantos pintaron o dibujaron o tanto asombró a los escritores, a

El Puente Nuevo, símbolo de la ciudad junto con la Plaza de Toros, la más antigua de España, dicen.

tantos que tanto la cantaron, como por ejemplo Juan Ramón Jiménez: "Ronda, alta y honda, rotunda, profunda, redonda y alta". Y, siguiendo con los nuestros, Antonio Gala, y Rafael Alberti, y Federico García Lorca, y Gerardo Diego, y Dionisio Ridruejo y tantos otros de tantos otros sitios. Y aquí, mira por donde, sí, aquí, termina James Joyce su obra maestra, su famoso Ulises, mientras se entrega a los encantos de todo lo que le rodea. Y aún, si me lo permiten, para terminar, podemos regresar al escritor del olvidado centenario, porque se lo merece, al alemán Rainer María Rilke. Aquí escribe *Trilogía de España* y alguna de las *Elegías del Duino,* y también desde aquí le escribe a su amigo el escultor Rodin: "Ronda, donde estoy en estos momentos, es una comarca incomparable, un gigante de roca que sobre sus espaldas soporta una ciudad pequeña, blanqueada y reblanqueada con cal". De fondo, más allá de los escritores y de tus sueños, que aquí resulta fácil soñar poesía, si eres de los que como yo no te importa dormir con la ventana abierta, te acompañará el ruido del agua, único en la noche, de un río que hoy hasta se cree valiente: el Guadalevín.

Ronda, realidad y leyenda, asentada sobre una meseta rocosa, diríase que al borde del abismo.

En el transcurso de mi primera visita, tuve la fortuna de realizar un paseo por la ciudad acompañado de amigos y de Andrés Rodríguez González, naturalista e investigador de la Serranía. La iniciamos pasando del barrio nuevo o del Mercadillo, a través del famoso Puente Nuevo, al barrio viejo, donde nos fuimos encontrando con rincones hermosos, con el emblemático árbol de extraño nombre, pinsapo, y con la Casa del Gigante. Después nos acercamos hasta una bodega en las afueras, llamada *Chinchilla.* Allí me encontré con la realidad del hombre de Andalucía, el hombre del campo, que sabe de olivos y del vino de verdad, el vino del pueblo sin añadidos, y que sabe también de canciones. Frente a mí comieron Agustín y Juan Antonio, a quien todos llaman *El Trabajoso*, porque sabe de todo lo que hay que saber y nada le pone miedo. Este hombre se casó con una mujer que llegó a estas tierras desde las de Noya en Galicia, pasando por las de esa Alemania donde dejaron lo mejor de sí mismo tantos gallegos, después de gastar a dos maridos anteriores, que no fueron capaces de seguirla. Ahora a ella le llaman también *La Trabajosa*, no solo por su nuevo marido sino también por méritos propios. *El Trabajoso* puso broche de oro a la noche, después de insistirle como se debe y después de aclararse la garganta, primero con agua y después con aguardiente de la tierra, que yo a duras penas pude tragar. Cantó con fuerza, con su voz potente, bien timbrada, mirándome a los ojos, que es como se debe cantar, como canta la gente del campo, una vez que se decide a hacerlo:

Una vez que te dije péiname Juana
Me tiraste los peines por la ventana.

Campanitas de la aldea no toquéis hoy tan temprano.

Y sentí su canto, me llegué a emocionar pero no tuve vergüenza, sabía que eso era lo que esperaba, lo que buscaba de mí. En aquella ocasión, a la mañana siguiente de mi llegada, conferencia en el Centro de Congresos, mismo al otro lado del puente, donde me gané del público asistente, por qué voy a negarlo, las dos orejas y el rabo (una concesión derivada de su costumbre y de sus ganas de mostrarse amigos, sospecho, más que por mis propios merecimientos) y el don, que aquí aún te lo siguen concediendo fácil. Después de comer en el hotel, paseo por mi cuenta. Fui encontrando el Alminar de San Sebastián, el palacio del Marqués de Salvatierra, las murallas, el arco de Felipe V, el puente viejo, los baños árabes, la fuente de los ocho caños que en realidad son nueve y la iglesia del Padre Jesús Nazareno. Después tomé con decisión los escalones que van hacia donde debe ir todo en esta ciudad, cuesta arriba: hacia el puente, al nuevo, claro, mientras la mirada se posa en la otra orilla, sobre la casa semidestartalada del Rey Moro, que nunca fue de tal ni de nadie que se le parezca. Sin lugar a dudas, sin poner nada de tu parte, te sientes

Arco de Felipe V

transportado al mundo de los románticos, si el aliento te lo permite. Y llegas, al sitio, el que soñaste, y lo ves, entero, todo con su puente, ahora sí pleno, sereno en su desafío, con ojos para ahorrar material y quizá para que se vea el aire, hoy sobre el verde del campo, y no para que pase el agua, y te explicas que tantos lo eligieran para acabar con lo que les quedaba de mala vida. Me incorporé al mundo de nuevo y seguí por la zona antigua, donde un gato se asomó a la vieja puerta para mirarme sibilinamente, de soslayo, sin ganas de enterarse de que yo estaba allí observándolo; pasó de mí casi con desprecio, total un turista de tres al cuarto, uno de tantos. Seguía lloviendo y la tarde pedía marcharse, pero no sin antes adentrarme en la más famosa, el santuario del toreo a pie, la más antigua, la Plaza de Toros de la Real Maestranza de Caballería de Ronda. En ella se hicieron fotos con Maestros famosos Orson Welles y Ernest Hemingway. Visité sus cuadras que habitan hermosos caballos que bien darían para ser motivo de un cuadro, capaces de mirarte con esa nobleza de la que ya no queda, su Museo Taurino y la sorpresa añadida de su espléndida biblioteca. Gasté lo poco que quedaba de tiempo por la ruta de las tabernas, calle arriba, peatonal, la que le dicen "la Bola" más que Carrera Espinel (en honor de Vicente Gómez Martínez Espinel, famoso por dar a la guitarra su quinta cuerda) porque cuentan que unos niños, otro año, tan raro como está siendo éste, un año de nieves, formaron una bola y la dejaron rodar siguiendo su leve pendiente. En el último de los bares, cerca del final de la calle tomándola cuesta arriba, por donde ahora se extiende la ciudad, terminé de palique con el dueño del local, cerrando el ciclo de la vida por ese día vaciando un viejo whisky. Al día siguiente la última mirada y el regreso sin novedad digna de mención. En el camino hacía Málaga y su casi recién estrenado aeropuerto, una foto, entre otras, desde el coche en marcha, bajo un cielo, todo el cielo, gris plomo, que bien podría confundirse con una buena pintura de un pintor de los de antes, que ellos sí sabían que el matiz de un color bien merece una mirada, aunque sólo unos pocos hubiesen tenido la fortuna de encontrarse con Ronda: Togo Seiji, David Bomberg, Gustavo Doré o David Roberts.

En la segunda oportunidad que tuve de visitar la *"Ciudad Soñada"*, todavía reciente como ya he señalado, reforcé mis primeras sensaciones, que para mí siempre son las mejores, pero, por una vez, he de resaltar que el nuevo encuentro en nada desmejoró lo sentido en la anterior ocasión. Llegué, las casualidades existen, intentando finalizar la lectura de un libro, *El cuento de siempre acabar* (Editorial Pre-Textos) de Medardo Fraile. La obra es autobiográfica y en ella repasa su larga vida (nació en 1925) y lo hace con bastante valentía, por lo que merece la pena, ya que nos acerca a una España de verdad, bajo el planteamiento de alguien que, se nota, ha sabido resistir. Y mira por donde, me encontré que en ese libro Medardo Fraile se refiere al famoso puente sobre el tajo de Ronda, por donde tiraban vivos a los señoritos en la guerra civil, lo que nadie me contó cuando yo anduve por allí la primera vez y parece que también en ese lugar a él, como un día a mí, le dieron la paliza con el árbol pinsapo (pág. 501). En esta segunda coyuntura, reitero que las casualidades existen, regresé de Ronda coincidiendo con la muerte de este escritor, el 9 de marzo. Aunque ni mucho menos era de los escritores malos, desde luego mejor que otros muy reconocidos, casi nadie le había hecho ni caso, por lo menos en vida. La eterna historia o la historia de nunca acabar, que lo dijo de él su amigo J. J. Armas Marcelo, ese escritor importante y cercano con el que me gustaría llegar a tomar algún día una copa en esta ciudad, surgida de un sueño, la imposible ciudad de Ronda.